

regiones la mayor dificultad al misionero, cual era el habituar a los indios antes holgazanes y vagabundos, al trabajo metódico de la agricultura y de la ganadería. ¡Cuántas aflicciones hubieron de padecer nuestros Padres por esta causa! Pero la caridad de Cristo lo vencía todo. También instruían a los indios más despegados en leer y escribir y les adiestraban algún tanto en el arte de la música. Aunque los neófitos de Nueva España nunca mostraron tanta aptitud para el canto como los indios del Paraguay, con todo eso lograron nuestros Padres en varios pueblos que los niños aprendieran ciertas misas sencillas y algunos himnos eclesiásticos, con los cuales solemnizaban devotamente las funciones sagradas.

No debemos disimular que en el primer tercio del siglo XVIII, por no haber el suficiente número de misioneros, padecieron alguna decadencia varias de nuestras misiones. Principalmente se advirtió este fenómeno en las tierras de Pimería (1). Las misiones de Tubutama y Caborca no lograron ministro en el espacio de diez años. Para otras misiones más distantes no pudieron señalarse misioneros hasta 1731, es decir, veinte años después de la muerte del P. Kino. Como es de suponer, los pobres salvajes destituidos de auxilio espiritual, habían olvidado las verdades de la fe y vuelto a su primitiva rusticidad y estupidez. El Padre Agustín Campos, que durante quince años había acompañado al P. Kino en sus trabajos apostólicos, y le había cerrado los ojos, como hemos visto, se esforzó en conservar las conquistas espirituales hechas por su maestro. Desde la misión de San Ignacio, donde asistía habitualmente, visitaba cuando podía a los caciques del Bac, de Soamea, de Sonoidad, de Tubutama y Caborca, les inculcaba las verdades de la fe y les exhortaba a perseverar en los hábitos de honesta laboriosidad y de vida civil que les habían enseñado los misioneros. Pero un hombre solo no podía bastar para sostener una cristiandad difundida en tan vasto territorio. Poco a poco los indios reducidos se fueron enfriando en sus buenos propósitos y alejándose de los pueblos. La misión y pueblo de Dolores, donde tantos años vivió el P. Kino, y que le sir-

(1) Véase sobre este punto el P. Alegre, t. III, p. 173. Es de sentir, que no precise un poco más estos datos que suministra sobre el estado algo angustioso que debieron tener varias misiones en las dos décadas de 1710 a 1730.

vió como centro de operaciones, para extenderse por toda la Pimería, fué despoblándose poco a poco después de la muerte del gran misionero. La misma suerte cupo al pueblo de los Remedios. Algo mejor se sostuvo el de Cocospera, aunque expuesto a las invasiones de los indios apaches, que de vez en cuando descendían de las regiones del Nordeste y arrebatában cuanto podían haber a las manos en nuestros pueblos de misiones. El pueblo de San Ignacio se conservó siempre en muy buen estado, gracias al celo del P. Agustín Campos, que perseveró en aquel sitio cerca de cuarenta años.

Entretanto las antiguas misiones de Sonora, Ostimuri, Cinaloa, Tepehuanes, etc., se sostenían en un estado que podemos llamar de permanente felicidad y de gradual crecimiento en los beneficios de la civilización. La casa de Cinaloa, que como recordará el lector, era la más antigua de todas nuestras misiones, fué elevada, no sabemos precisamente cuándo, a la categoría de colegio. Los catálogos del siglo XVIII tienen cuidado de anotar las principales residencias de estas misiones, siendo así que en el siglo XVII no se anotaban los domicilios particulares y sólo se expresaba el número total de misioneros que trabajaban en las misiones del Norte. Se conoce que ciertos domicilios iban echando raíces y llegando a cierta estabilidad que no habían alcanzado en la primera mitad del siglo XVII.

La vida ordinaria de estas misiones nos ha sido descrita brevemente en un documento importante que vamos a presentar a los ojos del lector. Por carta del 20 de Junio de 1725, el Virrey, Marqués de Casafuerte, encargó al Brigadier D. Pedro de Ribera que le informase sobre las misiones que los franciscanos y jesuitas sostenían en el Norte de Nueva España. Este militar, que se hallaba entonces precisamente en aquellas regiones recorrió las principales situadas en los parajes más accesibles de aquellos vastos territorios. Suponemos que enviaría al Virrey alguna noticia o informe sobre las misiones franciscanas. Por nuestra parte debemos estimar el que mandó sobre las que sostenían nuestros Padres en Ostimuri, Sonora y Cinaloa. He aquí el texto de este curioso informe:

«Excelentísimo señor. A más de las órdenes generales que V. E. se ha servido ministrarme, la que consta por carta de 20 de Junio de 1725, en que se me manda observar el estado que tienen las misiones, donde me fuese posible saberlo, por lo que conviene

estar V. E. enterado de la forma en que están divertidos (distribuidos) los operarios del Evangelio, instrucción en la fe católica de los indios reducidos a vida política, por la gravedad de este punto y repetidos encargos de S. M.; habiéndolo ejecutado por lo tocante a las misiones de Nuevo Méjico y Nueva Vizcaya, que allí encargó a los Reverendos Padres Franciscanos, ahora pasando por las de Ostimuri, Sonora y Cinaloa, vengo gustoso a informar a V. E. lo satisfecho y complacido que me han dejado las experiencias del total complemento con que estos ministros se aplican en todas líneas a su obligación.

Las de Sonora y Ostimuri están en riberas fértiles, en cuyo cultivo logran sus ministros cosechas con que tener bien abastecidos a los indios reducidos a pueblos. Estos en unión de casas, forman las misiones en vida política, estando ellos, sus mujeres e hijos decentemente vestidos y muchos en el traje español, inclinados al trabajo corporal del campo y las mujeres en la labor y telares con que comercian con los españoles. Hay muchos instruidos en la lengua castellana y sus ministros todos diestros en varios idiomas, según los pueblos a quien ellos administran y predicán. Las misiones de Cinaloa son menos fructuosas; mas no obstante se halla igualmente en todas con total decencia el culto divino, excediendo sólo las de Sonora y Ostimuri en el mayor adorno de las iglesias, ornamentos y vasos sagrados, en que los Padres emplean cuanto adquieren y en cuyo reconocimiento tiene mucho que venerar y que aplaudir la devoción. Mantienen los ministros entre los moradores de esta provincia, mucho crédito, estimación y respeto por sus loables virtudes, buena correspondencia y distribución de limosnas a los necesitados y misiones pobres.

En cuanto a la conversión y educación de los naturales, no tiene que oponer la más rigurosa censura, porque a más de estar los ya reducidos bien radicados e instruidos en nuestra santa fe, hay muchos tan adelantados en cada pueblo, que en todos ellos hay capilla de música, de la cual con los varios instrumentos que les han enseñado sus ministros asisten a los oficios divinos de la Iglesia, atrayendo a ella a los demás y a la asistencia al continuo rezo y a la explicación de doctrina a los niños y niñas, manifestando todos obediencia, amor y respeto a sus ministros, que son celadores continuos de sus operaciones. Mucho más pudiera decir de lo que trabajan estos Padres para honra y gloria de

Dios, propagación de la fe y bien de las almas, no sólo entre las naciones bárbaras que reducen, sino entre los vecinos españoles de estos países en el pasto espiritual que les comunican y el socorro en sus urgencias. Sólo añadiré que en las ocasiones que se ofrecen de hacer campaña, contribuyen con largueza dichos operarios con víveres e indios amigos abastecidos de todo lo necesario, como lo experimenté en la que acaba de hacer contra los apaches el capitán de presidio de fronteras.

Asimismo satisfacen estos ministros a los piadosos deseos del Rey nuestro señor, procurando atraer los indios aún gentiles al conocimiento de Dios, en cuya comprobación, estando en dicho presidio, vinieron a pedir al P. Rector, Ignacio Arceo, que respecto a no tener ministro, les diese el consuelo de ir a bautizar gran número de párvulos, lo que dicho Padre ejecutó internándose más de treinta leguas al Norte. Bautizó 140 párvulos y volvió muy compadecido del desconsuelo con que quedaban aquellos naturales de no tener ministro y no poder él asistirles por la precisa residencia en los pueblos de su cargo. Por lo que juzgo necesario que V. E. procure se envíe uno o más ministros para esta nación, de más docilidad y racionalidad que todas las otras. Esto mismo que he dicho de Cinaloa y Sonora debo decir de la de Tepehuana y Taramara, según he podido informarme de personas desapasionadas. He juzgado necesario individualizar estas noticias, por la complacencia que el celo de V. E. tendrá, por ceder todo en servicio de ambas majestades y ver ensalzado y alabado en partes remotas el santo nombre de Dios, mediante el insuperable trabajo de tan celosos ministros. Quedo a los pies de V. E. con el más reverente respeto, pidiendo a Dios guarde a V. E. cuanto deseo y ha menester.—Real presidio de San Felipe y Santiago de Janos, 14 de Febrero de 1727.—Excelentísimo Señor. A los pies de V. E. D. Pedro de Ribera» (1).

5. Bien quisiéramos recordar todos los ilustres misioneros que en la primera mitad del siglo XVIII derramaron sus sudores y tal vez su sangre en las misiones de Nueva España. Siéndonos esto imposible, nos contentaremos con indicar algunos de los más ilustres. Ya hemos nombrado al P. Kino, que expiró en 1711. No muchos años después, en 1724, terminaba su carrera el P. Antonio de Urquiza, en quien debemos admirar, no tanto la variedad

(1) Alegre, t. III, p. 229.

de empresas y lo peregrino de los sucesos, como la constancia invencible en perseverar ejercitando siempre los mismos ministerios. El P. Urquiza había nacido en Bilbao, y entrado muy joven en la Compañía, pasó muy pronto a Nueva España, no sabemos precisamente cuándo. «Lo cierto es —dice el P. Alegre— que en esta provincia se ordenó de sacerdote e inmediatamente fué destinado a misiones a los veinticinco años de su edad, donde estuvo hasta los ochenta y seis, en que pasó a lograr el premio de sus apostólicas tareas» (1). Confieso que se me hace poco verosímil el que fuese un hombre aplicado tan joven al apostolado de los indios y que pudiese durar sesenta y un años en tan duro ministerio. Tal vez haya ocurrido alguna equivocación cronológica. Entretanto, como no aparece hasta ahora ningún documento que contradiga a los anteriores datos, los admitiremos con la prudente reserva que naturalmente se impone en un hecho tan extraordinario. Pero sigamos oyendo al P. Alegre:

«Administró el P. Urquiza en este tiempo los diversos partidos de Chicorato, Oguera, Bamoá, Nío, Guazabe y Tamazula, aunque la mayor parte en Ocoroiri. En tantos años fué uno siempre el tenor de su vida. Levantábase muy temprano (dice un manuscrito dirigido, sin nombre de su autor, al P. Mateo Ansaldo), y nadie podía saber su hora, porque cuando estaba en el colegio de Cinaloa a la media noche se iba a la iglesia, hasta el alba. Al salir decía la misa, salvo los días de fiesta, que por esperar al pueblo la decía más tarde, y en esos días predicaba siempre dos sermones, uno en el idioma del país y otro en castellano. Daba gracias y tomaba un leve desayuno; se iba otra vez a la iglesia con el breviario y algún libro espiritual, donde en el rezo, lección o meditación gastaba toda la mañana, si alguna cosa urgente de la caridad o de la obediencia no le hacía interrumpir. Siendo ya de ochenta años, se quejó en cierta ocasión de que ya no podía estar de rodillas tres y más horas como en otro tiempo, cuando la continuación le había hecho criar callos en las rodillas, como a Santiago Apóstol. En esta su oración se transportaba tanto que muchas veces no atendía a lo que pasaba en la iglesia, y otras prorrumpía en cánticos espirituales, con tanta fuerza de espíritu que añadía a una voz suave, entera y argentada, que, aun cerrada la iglesia, se oía a alguna distancia. La materia de sus cánticos

(1) Alegre, t. III, p. 217.

eran, o los salmos e himnos del breviario, por lo común, o algunas otras alabanzas de Dios y de su Madre Santísima, y del Santísimo Sacramento, en castellano unas veces, otras en latín, tal vez en mejicano, y muchas más en vascuence» (1).

No deja de sorprender el ver a un anciano entonando himnos en vascuence allá en las tierras de Cinaloa. Sería curioso saber qué canciones vascongadas eran esas, que aprendidas en Vizcaya a mediados del siglo XVII, entretenían los ocios del santo viejo a los principios del siglo XVIII. Con esta virtud de la oración juntaba el P. Urquiza las otras virtudes religiosas que engrandecen a un buen hijo de San Ignacio y le dan vigor sobrenatural para las obras de celo. Estaba tan desprendido de los bienes de la tierra que casi ignoraba el valor del dinero. Cuando le entregaban la limosna anual que el Rey pasaba a los misioneros, el P. Urquiza la entregaba al instante a los fiscales indios de los pueblos, fiándose de su cristiana fidelidad, sin retener para sí ni siquiera un real. En la obediencia religiosa fué ejemplo admirable. Cuando ya pasaba de los ochenta años quedóse medio paralítico, y, como se cuenta de San Juan Evangelista, era menester transportarle en brazos ajenos de un pueblo a otro. Sus amados indios hacían este oficio con afectuosa caridad, y le transportaban de Ocoroiri a Cinaloa, y le volvían al primer pueblo como un tesoro precioso que deseaban siempre conservar. En medio de tan piadosas ocupaciones, haciendo buenamente lo poco que ya podía en favor de sus queridos neófitos, le sorprendió la muerte el día 12 de Enero de 1724 (2).

Pocas noticias alcanzamos de otro misionero que debió ser de mérito insigne, a juzgar por ciertos rasgos sueltos que aparecen en varias relaciones y documentos del siglo XVIII. Por los años de 1696 fué enviado a la Pimería el P. Agustín Campos, de quien apenas hallamos ningún dato biográfico preciso. Nos consta que trabajó incansablemente al lado del P. Kino, los últimos quince años que éste vivió, y que le asistió en su última enfermedad. Cuando desapareció el fundador de la gran misión de Pimería quedó ocupando su puesto y sosteniendo como pudo aquella difícil empresa el P. Agustín Campos. Residió habitualmente en la misión de San Ignacio. Desde allí visitó cuanto pudo a los otros

(1) Alegre, t. III, p. 218.

(2) Alegre, *ibid.*

pueblos fundados en la Pimería e hizo muchas diligencias para llevar otros ministros evangélicos que le ayudasen a continuar la gloriosa labor del P. Kino. Tuvo el dolor de ver arruinarse algunas misiones por falta de misioneros, pero no dejó de tratar cuanto pudo con los caciques de tribus distantes para mantenerlos firmes en la fe, si eran cristianos, o para disponerlos a recibirla si eran gentiles. Si no desapareció la misión de Pimería en los veinte años que siguieron a la muerte del P. Kino, se debió, sin duda, a la constante actividad apostólica del P. Agustín Campos. No he podido averiguar el año preciso de su muerte, pero supongo que debió ocurrir en 1735, próximamente.

Cuando desaparecían de la escena los PP. Urquiza y Campos, empezaba a resplandecer en Nueva España un misionero alemán de venerable memoria (1). Ya están acostumbrados nuestros lectores a ver alternar operarios alemanes con españoles en las misiones indias. La asistencia de Alemania era en el siglo XVIII la más numerosa de toda la Compañía, y como entonces no existían misiones propiamente alemanas, los jesuitas de aquella Asistencia que sentían vocación para los trabajos apostólicos venían a mostrar su virtud al lado de los misioneros españoles y portugueses. Uno de los más ilustres que santificaron las Indias fué el P. Francisco Hermann Glandorff. Había nacido este religioso en Osnabruch el 29 de Octubre de 1687. Ya desde niño se mostró muy caritativo y educado cristianamente por sus padres, siguió con notable aprovechamiento el curso de sus estudios hasta la edad de veintiún años. Entonces entró en la Compañía el 21 de Mayo de 1708 e hizo su probación en el noviciado de Tréveris. Admitido a los votos del bienio, enseñó algún tiempo letras humanas, pero su vocación le llamaba decididamente a las misiones de Indias. Pidiólas con instancia al P. General y éste le con-

(1) Todos los datos que siguen sobre la vida del P. Glandorff los tomamos de su carta necrológica escrita por el P. Braun, Visitador de las misiones de Taramara, e impresa en Méjico con este título: *Carta del P. Bartholomé Braun, Visitador de la provincia Tarahumara, a los PP. Superiores de esta provincia de Nueva España, sobre la apostólica vida, virtudes y santa muerte del P. Francisco Hermano Glandorff.—IHS. Con las licencias necesarias. Impresa en el real y más antiguo colegio de San Ildefonso de Mexico, año de 1764.* Hemos visto un ejemplar en Granada, Biblioteca de la Universidad, y está encuadernada con otras cartas en un tomo que lleva por defuera este título: *«Varias cartas sobre la vida y muerte de Padres de la Compañía de Jesús.»*

cedió lo que deseaba en 1717. Vino a España, embarcóse por Abril de 1719 en la expedición que conducía el P. Juan Antonio de Oviedo (1) y se presentó en Méjico, siendo todavía estudiante teólogo. En el colegio de San Pedro y San Pablo terminó el curso de la ciencia sagrada y fué ordenado de sacerdote. Después hizo la tercera probación, ignoramos precisamente en qué año.

Ya mientras estudiaba teología procuró aprender cuanto pudo la lengua de los indios taramares y apenas terminada la tercera probación, le enviaron los superiores a la misión de Carichic, gobernada entonces por el P. José Newman, de quien aprendió la vida y oficio de misionero. Desde entonces hasta su muerte, es decir, en un espacio de cerca de cuarenta años, la vida del Padre Glandorff fué siempre la misma, la que podía ser en un misionero de los montes más difíciles y escarpados de la Taramara. Confiáronle por de pronto la misión de Tomochi, donde tuvo har-to trabajo y fatiga. Los cristianos vivían muy abandonados y en torno de ellos asomaban muchos gentiles en estado enteramente salvaje que vagaban libremente por aquellos montes. Al principio procuró reanimar el espíritu cristiano de los ya convertidos, les volvió a enseñar las oraciones y prácticas de piedad y cuando ya el pueblo estuvo en buen término, salió por aquellos montes en busca de gentiles y con doncellas y agasajos procuró atraerlos suavemente al pueblo de Tomochi. Empezó luego a catequizarlos con el trabajo que se deja entender y con la fatiga de haberlos de alimentar. Ya creía tenerlos seguros y cercanos a recibir el bautismo, cuando de repente se le huyeron todos a los bosques.

No desanimado por este contratiempo, acometió la empresa de buscarlos otra vez y reducirlos al pueblo. El Gobernador de Nueva Vizcaya, D. Juan José Vértiz, enterado del caso, le envió dos soldados para que le acompañasen y defendiesen su perso-

(1) Archivo de Indias, 45-2- $\frac{7}{10}$, n. 1. Son varios papeles relativos a la expedición de 22 religiosos que van con el P. Oviedo. En la lista de los expedicionarios formada en Cádiz el 2 de Abril de 1719, al número 12 leemos lo siguiente: «P. Hermano Glandorff, natural de Ostia Capela, en el ducado de Baviera; de buen cuerpo, blanco, redondo de cara, pelo castaño claro, ojos azules, de edad de treinta y un años.» Llama la atención la patria del P. Glandorff, que es aquí diferente de la que pone el P. Braun. Es muy posible que el amanuense de Sevilla cometiese algún yerro frastrocando nombres extranjeros que tal vez no entendía.

na. No quiso el Padre llevar aquel acompañamiento que podría servir tal vez más para ahuyentar que para atraer a los indios. Dejólos como de guardia en el centro de la misión y acompañando solamente de algunos neófitos, conocedores de aquel territorio, salió por los montes en busca de los fugitivos. Corriendo por un lado y otro, sufriendo mil desaires e insultos de algunos rebeldes, a costa de mil fatigas que no es fácil de imaginar, juntó otra vez el misionero a la mayoría de los dispersos y repitiendo como antes sus enseñanzas y exhortaciones, por fin logró convertirlos a nuestra santa fe y regenerarlos con las aguas del bautismo. Esto que hizo en el pueblo de Tomochi lo repitió en otros de aquellas asperísimas sierras, conservando y promoviendo la cristiandad en los territorios más agrios y difíciles de Nueva España.

La vida del P. Glandorff no presenta aquella variedad de sucesos y aquella curiosidad [de expediciones y descubrimientos que amenizan la historia de un P. Kino o de un P. Fritz. No descubrió que sepamos ningún territorio nuevo, no sabemos que describiese mapas y delinease regiones como otros misioneros antiguos. El mérito de su vida fué padecer constantemente los mismos trabajos. Caminaba siempre a pie y eso que padecía una molestísima hernia. Debía atravesar barrancos y precipicios, asiéndose tal vez a sogas que le alargaban los indios, dándose el caso de atravesar torrentes con el agua a la boca, y en medio de tales padecimientos el P. Glandorff siempre fervoroso y siempre humilde, se sacrificaba por el bien de aquellos pobres salvajes. Su vida tuvo esta semejanza con la de San Pedro Claver, que como este ejerció siempre los mismos ministerios con los negros, así el P. Glandorff consagró toda su vida a los indios. También se parecieron ambos en la duración de su apostolado, pues según nos dice el P. Braun en la carta necrológica que imprimió en 1764, «por más de cuarenta años misionó el P. Glandorff esta su numerosa grey.» Es de sentir que en la misma carta no se haya precisado el año en que empezó sus tareas apostólicas este insigne misionero. No había perdido en toda su vida la gracia bautismal, era modestísimo en su trato, pobrísimo en la comida y vestido y siempre hablaba de Dios en sus conversaciones. Después de una penosa enfermedad en que solamente le asistía un indio, visitado por otros Padres misioneros que acudieron a verle y le administraron los últimos sacramentos, el P. Glandorff expiró

abrazado con el crucifijo el 9 de Agosto de 1763. Tenía setenta y seis años de edad y había pasado cuarenta y cuatro en la provincia de Méjico.

6. Tales eran los hombres que con abnegación y caridad evangélica se afanaban continuamente en la conversión de los paganos y en la difusión del sagrado Evangelio por el Norte de Nueva España. A las fatigas habituales que debían padecer en su sagrado ministerio se añadían de vez en cuando las calamidades que sobrevenían por sublevaciones y alborotos de indios. Algunas veces eran irrupciones que pudiéramos llamar extranjerías, cuando algunas tribus feroces acometían de pronto a los pueblos cristianos y causaban más o menos destrozos en las moradas de nuestros neófitos. En este género de irrupciones se distinguieron los apaches, pueblo belicoso, que habitaba al Nordeste de nuestras misiones en el estado que hoy se llama Nuevo Méjico. Desde principios del siglo hubieron de padecer las misiones jesuíticas y franciscanas varias invasiones más o menos peligrosas de estos indómitos salvajes. Sin embargo las irrupciones de fuera dieron menos cuidado que las sublevaciones imprevistas que de vez en cuando estallaron en el seno de nuestras misiones. Hubo dos principalmente que requieren alguna mención.

La primera fué la de los mayos y yaquis que se alzaron por Marzo de 1740. ¿Cuál podía ser la causa de sublevarse unos pueblos que ya llevaban ciento veinte años de vida pacífica y cristiana? Era entonces gobernador de Cinaloa, Manuel Bernal de Huidobro, aquel oficial a quien vimos intervenir en nuestros negocios de California con poco agrado de los misioneros. Este hombre que siempre miró de reojo a los jesuítas, escribiendo al Virrey, el 4 de Setiembre de 1740 (1), decía, que la causa de la rebelión fueron los malos tratamientos que hacían a los yaquis los PP. Diego González e Ignacio María Napoli, sus misioneros, y porque habiendo pasado algunos indios a Méjico para pedir ciertos favores, no habían obtenido nada en un año y ocho meses. Los mayos se habían alzado a consecuencia del hambre que padecieron por sus malas cosechas y porque el P. Estrada les hizo perder el miedo a los españoles. Ninguna persona de juicio dió crédito a tan absurda explicación y el mismo Virrey, Duque de la Conquista, escribiendo a S. M. después de recibir la carta

(1) Archivo de Indias, 67-2-12.